**Jueves III del TO  
Ciclo C**

****27 de enero de 2022  
2Sam 7,18-19.24-29  
Sal 131  
Mc 4, 21-25  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Para entender adecuadamente el evangelio de hoy hemos de saber que este episodio sucede inmediatamente después de la exposición, por parte de Jesús, de la parábola de las cuatro tierras, en donde presentaba a su Padre-Sembrador esparciendo la vida-amor indiscriminadamente sobre todo tipo de tierra: la buena y la mala tierra, sobre la superficial y la profunda, sobre la impermeable y sobre la abierta. Además de presentar a Dios como un Sembrador «descuidado», pues no solo esparce su vida-amor sobre la tierra buena, lo presenta con una donación que no espera, como primera respuesta, el fruto de la cosecha, no lo presenta con la expectativa de la producción: esparce su amor sin condiciones. Lo que tal sembrador esparce no son «cosas» sino algo muy íntimo, muy personal: su mismo ser, su ser Amor. Y el amor no tiene un fin recíproco. Por eso la cosecha importa poco. Lo constitutivo del amor es la donación, es darlo (eso es lo que hace que sea amor y no otra cosa).

Los discípulos se quedan pasmados ante la presentación a la multitud de un Dios-Padre con un amor indiscriminado que se da a los buenos y malos, la revelación de un Dios que choca frontalmente con la concepción que tienen del Dios del Antiguo Testamento, el Dios que premia a los buenos y castiga a los malos. Pero ese no es el Dios de Jesús; ¿Un Dios que se da no solo a Israel sino a todo el mundo? Además ¿por qué utilizar parábolas, cuentos, historias para comunicarlo a la gente?

Es entonces cuando Jesús les distingue dos tipos de comunicación: uno, abierto y claro, reservado para ellos, los que han decidido seguirlo; otro, cifrado, utilizando parábolas, con el que se dirige a la multitud. La diferencia entre sus seguidores y la multitud está en que los primeros, al menos en principio, han dado su adhesión a Jesús, lo han seguido y han escuchado su mensaje; la multitud, en cambio, no sigue a Jesús ni está en disposición de escuchar su mensaje. Por eso no puede Jesús hablarle abiertamente: el secreto/mensaje propone unos valores incompatibles con los del judaísmo, y la multitud, imbuida de la ideología de éste y en la concepción de ese Dios que se da en función de la respuesta del hombre, es incapaz de aceptar un mensaje que echa por tierra ese concepto.

La gran multitud no puede entender porque aún no ha roto con las categorías del pasado. Se siente atraída por Jesús, como lo muestra su deseo de escucharlo: ven en él un líder que puede sacarlos de la opresión, de la postración, pero no al que los llama a una entrega como la suya para colaborar con él en la obra común (seguimiento); para la gente, el cambio social al que aspiran no exige cambio personal. Hablando a la multitud de esta manera velada pretende evitar Jesús que un choque frontal bloquee el proceso de liberación; les deja posibilidad de reflexión y conversión.

Estando así las cosas, con la comparación doméstica de la lámpara o candil ilustra Jesús la futura misión de sus seguidores. El no pretende formar un círculo esotérico, privado de iniciados, ni hay entre los suyos algunos privilegiados que posean una ciencia que se niega a los demás. Su mensaje está destinado a todo hombre. El amor universal de Dios debe ser universalmente conocido. Y por el momento ha hablado en parábolas; pero esta táctica es ocasional. La misión de sus seguidores será proclamarlo para que otros lo escuchen como ellos lo han oído de Jesús.

El mensaje comparado antes a una semilla y a Dios Padre-Sembrador, se compara ahora a una lámpara que se trae para que ilumine a todos. Sería irracional esconder la luz. «*Meter la lámpara debajo de una olla*» o «*debajo de la cama*» significa ocultarla, impedir que ilumine. Porque eso que «*está escondido*», es la novedad del mensaje de Jesús respecto al Antiguo Testamento, donde el amor universal de Dios a la humanidad está en igualdad con Israel, no se había revelado; eso que «*se ha ocultado*» parece que se refiere a la táctica de Jesús, que no ha propuesto abiertamente a la multitud el secreto del Reino. Pero, una vez revelado, no puede ser ocultado de nuevo. La luz, es decir, el mensaje tiene su itinerario hacia la plena visibilidad, que no debe frustrarse.

Jesús subraya la estrecha colaboración entre el ser humano y Dios, en la que el fruto final resulta de la coincidencia de dos actividades, no solamente de la del hombre, pero tampoco solamente de la de Dios: sin la actividad del hombre no existiría la acción de Dios sobre él; sin la acción de Dios, nunca llegaría el hombre a la plenitud. La acción de Dios acompaña a la del hombre y se inserta en ella. Jesús anima a los suyos a producir y a crecer, mediante la plena aceptación del mensaje y su traducción en la vida. Jesús no es sólo un maestro que propone un mensaje, es también el salvador que capacita al hombre y lo transforma.

Y así nos estimula Jesús a la responsabilidad. No basta una actitud meramente receptiva; hay que colaborar con el mensaje para hacerlo fructificar. Porque la situación del que no produce llega a ser la misma que la del que no ha aceptado el mensaje: se queda sin nada. Recordemos que los tres primeros casos de la parábola de la semilla que se siembra tienen el mismo final: perder el mensaje recibido. El seguidor de Jesús ha recibido su mensaje, su Palabra de vida-Amor: cada uno es responsable del fruto de ese don[[1]](#footnote-1).

1. Cfr. Mateos –Camacho, *El Evangelio de Marcos Vol.I.* Ed. El Almendro. Córdoba, 1993. [↑](#footnote-ref-1)